

## Los amigos de España

## El ministro Plenipotenciario de Inglaterra en Cartagena

«La situación internacional es muy favorable a la causa de la República»

## Y LA AYUDA SE INTENSIFICARÁ DE UN MODO EXTRAORDINARIO DESDE AHORA

Cartagena, 14.—A las 9'30 llegó a este puerto el destructor inglés «H. 37», conduciendo a bordo al ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña en España Mr. Stevenson, acompañado de un agregado militar inglés.

Fue recibido en la Jefatura de la Base naval, a las 10'45, donde se encontraba el cónsul británico en Cartagena Guillermo Lererkur.

Después de un afectuoso cambio de impresiones el ministro plenipotenciario y el cónsul visitaron el Ayuntamiento y los refugios más importantes de la ciudad.

En el Ayuntamiento fueron recibidos los ilustres visitantes por el alcalde señor Soler y varios concejales. Mr. Stevenson se interesó vivamente por la cuestión de abastecimientos, especialmente por lo que afecta a los niños lactantes; e inmediatamente se le entregaron listas en las que se consigna el racionamiento que recibe la población civil.

Ante sus requerimientos para que se le informara más detalladamente de todas las necesidades de la población civil, se le hizo saber que se carecía de leche, azúcar y productos alimenticios.

El ministro inglés, contestando a preguntas de un consejero, dijo que la situación internacional era muy favorable a la causa de la República y que la ayuda se intensificará extraordinariamente desde ahora.

Poco después, Mr. Stevenson y el cónsul inglés regresaron a bordo del destructor.

El agregado militar inglés, entre tanto, acompañado del comandante del destructor «H. 37» vistió varias unidades de la flota, los talleres de La Constructora Naval y por último el frente izquierdo de las fortificaciones Portman.

## De un momento a otro

## LA HIENA

Hace cerca de veinte años. En un despacho del Gobierno Civil de Barcelona. El general—el general tiene un bigote sintético y un marcado «rictus» de crueldad—escucha a una cuadrilla de confidentes y verdugos.

—¿Qué novedad hay hoy?

—Una petición de aumento de salarios de los metalúrgicos.

—Eso quiere decir que tenemos otra huelga en puerta, ¿no?

—Así es.

—Bien. Mañana necesito que cada uno de los miembros de la directiva desaparezca.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Cuatro hombres por cada uno de ellos, apostados en una esquina, y a otra cosa.

—Mi general, es que el procedimiento escandaliza ya...

—Eso a ustedes no les importa. Yo me he propuesto acabar con el mal obrero, y lo consigo, como me llamo Severiano Martínez Anido.

Pocos años después. En plena dictadura de Primo de Rivera. En Valencia se alza Sánchez Guerra contra la incivildad hecha norma de gobierno. Se reúne precipitadamente en Madrid el titulado Consejo de ministros. El golpe ha fracasado, y la mayoría de los reunidos se inclina hacia la clemencia. Pero entonces surge la voz discrepante de Martínez Anido:

—No estoy conforme. Hay que fusilarlo. Hay que hacer un escarmiento sonado.

Primo, que era un castizo de la contera del charrasco a la visera chulapona del ros, y que, además, como la gente del pueblo, tenía su corazóncito, quedó consternado con la idea del fusilamiento. Acudió a la reina María Cristina, que sentía gran cariño por Sánchez Guerra. La reina tuvo un profundo disgusto y rechazó la propuesta, dando la fórmula de que se esperase a que su hijo, el rey, volviese de Doñana, donde se hallaba cazando. Lo malo fué que cuando el hijo volvió se sumó a la idea del chacal Anido. No fué ejecutado Sánchez Guerra, sin embargo, no por otra cosa, quizá, sino porque las circunstancias políticas del país no lo permitían. Pero en el aire nacional, aunque desconocidas, quedaron temblando las palabras siniestras:

—Hay que fusilarlo. Hay que hacer un escarmiento.

Hace unos días, se han reunido en Salamanca los ministros al servicio de Italia y Alemania. A propuesta de uno de ellos, se puso a debate la cuestión de los bombardeos a la retaguardia republicana. Alguien dijo:

—Convendría suavizar esa táctica. Las cantonadas están escandalizadas.

Se oyó otra voz:

—También yo opino así. El mundo está horrorizado.

—Pero entonces se atravesó Jordana:

—¡Bah! Eso del humanitarismo no reza con la guerra. Es el procedimiento que a nosotros nos conviene, y nada más.

Y Franco:

—Los Estados Mayores amigos aconsejan lo mismo.

Y, por último, Anido:

—Humanitarismo! ¡Tonterías! ¡Ganas de per-

## NOTAS

## Barrio de Argüelles

Era en el barrio de Argüelles. Para custodiar el edificio, el mando de aquella unidad popular y vigorosa, que se bautizó en el primer encuentro de la Sierra con la sangre de su infortunado jefe militar, Condés, dejó un miliciano de absoluta confianza. Era un mozo, panadero de oficio, que podía, merced a su sordera radical, desafiar aquella guardia. La casa tenía una colección de cuadros, sobre cuyo valor, llevado a ella a título de aficionado, yo no me atreví a dictaminar. Si la memoria no me hace trampa, aseguraré que había una «Adoración», réplica discreta de uno de los varios maestros flamencos, y una cabeza de mujer, delicada y fina, que tenía, por su colorido y dibujo, mucho más de Goya que de ningún otro autor del mismo tiempo. El guardián se instaló con su fusil y su cama en el portal de la casa, ajeno en absoluto, por su ceguera voluntaria y su sordera natural, a cuanto sucedía en el barrio. Y lo que sucedía, a muy contados pasos de su cama, es que las casas se iban derrumbando en fuerza de recibir cañonazos, borrando con los escombros la traza de la calle. Otras ardían, aparatosamente, con todo el espectáculo de un buen incendio cinematográfico, sin que nadie, sabiéndolas vacías y rodeadas de ruinas, se cuidase de ellas. El barrio iba siendo derruido científicamente: por la mañana, y en los anocheceres, la aviación; durante el centro del día y por la noche, la artillería. El sordo acabó por enterarse y dió un aviso por teléfono. «Ha caído una bomba en la casa. Esto ya no puede durar». Se decidió evacuar de ella lo que representase algún interés artístico y se me complicó en la expedición.

Confieso que todo mi estímulo estaba en aquella cabecita de mujer, que no era muy seguro que fuese de Goya; pero que, en todo caso, era encantadora y deliciosa.

Cuando llegamos, la puerta estaba abierta de par en parte y el custodio había desaparecido. En el portal, un gran hoyo, inundado de agua. La escalera, rota. Las ventanas, sin cristales. En el patio del garaje, media casa. La batería de Garabitas, era su hora, trabajaba de firme. A la distancia de una manzana, un edificio en llamas. La «Adoración», con los avisos de la prudencia, comenzó a parecerme copia deficiente, y en cuanto a la cabeza de Goya, ¿no se trataría de una vulgar superchería? Los artilleros de Garabitas, con su actividad incesante, justificaban plenamente la duda. Propuse que lo que hubiera de hacerse se hiciera pronto. Se salvó mucho menos de lo que, no tardando, habían de destruir cañones y trimotores.

A partir de este día, preguntaba con frecuencia por el sordo. No se volvió a saber de él. Ni se presentó al cuartel, ni —aun cuando se le buscó— pareció en las listas de los heridos. ¿Qué— entre los cascotes de alguna de las casas del barrio de Argüelles?

Debía suponer, a contar de esa aventura, que el barrio de Argüelles, de una vitalidad exuberante y caliente en los días pacíficos, había sido evacuado por sus vecinos. Las bombas de la aviación y los obuses de la artillería continuaron cayendo sobre él de una manera implacable. Los edificios que se sostenían en pie con alguna fortaleza enseñaban, por los rotos de sus fachadas, pedruzcos de una intimidad mesocrática que no se podía mirar sin una profunda melancolía: dormitorios, comedores, cocinas, en los que la violencia de la explosión había alterado todo, destruyendo lo más, pero dejando indemne, como por chanza irónica o burla sangrienta, la lámpara del comedor, la ampliación fotográfica del día de la boda, la cama revuelta, con el vaso nocturno de porcelana...

Humorismo siniestro, de la peor especie, hecho con muecas de agonizantes y risas histéricas de madres atacadas de locura ante el cadáver del hijo.

Allí mismo, donde los vendedores callejeros, atrincherados en sus tenderetes, calentaban la temperatura de la calle con sus

pregones múltiples y sus acentos variados, la muerte, en señal de regocijo por su victoria, había afluído el acero de su guadaña en el pavimento, levantando una estela de fuego y dejando en las piedras una huella negra. Cosecha de criaturas y de árboles, de vidas humanas y de vidas vegetales. ¡Cómo acentuaban la tristeza del barrio el tronco roto de las acacias bombardeadas! En algunos lugares, los railes del tranvía, retorcidos, tenían un gesto de violencia y crueldad.

Calle abajo, con ruido de tren de laminación, iban, pesados, los tanques republicanos. Muchachos apostados en las esquinas, familiarizados con los escenarios, campesinos o urbanos, de la guerra, avisaban con la palabra y con el fusil: «¡Cuidado! ¡La calle está batida!» Los avisos conminatorios resonaban constantemente: «¡Al suelo, pronto! al suelo!» En esos casos no tardaba en oírse, primero el silbido, luego la explosión del obús.

Nuestro coche había quedado en zona segura y hubimos de hacer un breve recorrido a pie. Cada dos pasos necesitábamos justificar nuestra presencia en aquella zona. Eramos tres personas: Cristóbal Ruiz, Aurelio Arteta y yo, con una sola misión: recoger un hijo de Arteta, que, no sé bien por qué causa, se había quedado a vivir con una familia amiga en una casa de Ferraz. No era esa la única que, habiéndose refugiado en los sótanos, continuaba haciendo la vida en un barrio acotado por la guerra y por la muerte. La casa de Ferraz, recuerdo su número, el 59, tenía recibidos sus cañonazos. El muchachito que buscábamos nos lo dijo con un acento deportivo: «Esta noche nos han caído tres». No le dió más importancia y, sin demasiada prisa, preparó su equipo y nos fuimos, como una exhalación, que el chofer, a quien en el entreacto habían instruido los soldados, sabía que todas las verticales a la Casa de Campo estaban expuestas al fuego de los rebeldes.

Fué mi última, inolvidable, visión del barrio de Argüelles. Cristóbal Ruiz y Aurelio Arteta, más facultados que yo, por su oficio de pintores, para recoger la emoción que se nos metía por los ojos, no habrán olvidado tampoco la tristeza angustiante de uno de los trozos más característicos de Madrid. Arteta ha pintado con luz de Argüelles. Y alguien que me toca muy de cerca se emocionó muy profundamente la primera vez que llegó a Madrid, al ser recibido, en una casita de la calle de Ferraz, por Pablo Iglesias, que se levantó de su butaca de enfermo para ponerle un beso en la frente. Lo bueno y lo malo que a ese inseparable amigo mío le había de suceder en Madrid, a partir de esa entrevista, le sucedería en una casa del barrio de Argüelles o en otra muy próxima a él. Es, pues, natural que se impresionase al verlo desmantelado por la guerra.

Hubiera preferido no asomarse a él, desconocer su actual tristeza y conservar la ilusión de que no había perdido nada de aquel carácter propio que lo hacía admirable: la alegría de su mercado, con su olor a mar y huerta; con la fantasía popular de bisutería y quincalleros; con los mercaderes de paño y sedas de chopo y con su poco de broma y engaño. Con sus tabernillas que acendaban una cocina madrileña de estofados y frituras, para cajistas de imprenta y funcionarios de Hacienda. Viejo carácter, compañero del café isabelino, que iba cediendo paso a la geometría alemana de la «Casa de las flores».

Esa ilusión es imposible después de que, obedeciendo la voz de los soldados, se ha arrojado uno al suelo en la calle de Ferraz y ha sido cómo el obús rompía la fachada de una casa, levantando una columna de polvo y dejando al descubierto la intimidad entrañable de un hogar que hace meses se quedó yerto, como todo el barrio, por el que la muerte transita sin cansancio y con provecho.

FERMIN MENDIETA

## La Música

## «Lieder», de Fauré

Dentro de la diversidad de estilos y escuelas que comprenden las sesiones de «Lieder», que la Dirección General de Radiodifusión, asesorada artísticamente por el notable musicógrafo Joaquín Pena, viene celebrando en el «Casal de la Cultura», le tocó el turno, el pasado domingo, a Gabriel Fauré, uno de los más reputados compositores franceses, nacido en Pámiers el 3

der el tiempo. ¡Tenemos que machacar hasta el último rojol!

He ahí una historia. Alguien comentará: «Es la hiena rediviva en cada etapa dramática de España». No. La hiena no es Anido. La hiena es la reacción, que lo ha buscado en cada encrucijada y que lo ha exaltado a su puesto de verdugo mayor. Pero Anido no podrá ser ya víctima a nuestras manos. Anido y la reacción son víctimas, para siempre, de los mismos que les compraron España por unas toneladas de material bélico.

GENIL.

## Mártires de la República

## Un médico septuagenario muere en la cárcel de Pontevedra

Antes habían sido fusilados un hijo del mártir y su yerno

## EL SEÑOR MARTINEZ BARRIO DA CUENTA DE LA MUERTE DEL DIPUTADO SEÑOR POZA

El Comité Nacional del Partido de Unión Republicana ha recibido noticias de la muerte del diputado por Pontevedra don Celestino Poza. Los facciosos le encarcelaron inmediatamente de producirse la sublevación y a pesar de su edad avanzada, unos 70 años, lo tuvieron preso en el lazareto de San Simón, cercano a Vigo, convertido en prisión y más tarde lo llevaron a la cárcel, donde ha fallecido, seguramente víctima del rigor con que se ha procedido con un hombre de su edad.

Era el finado doctor en Medicina, estimadísimo en toda Galicia, que se dedicó siempre al ejercicio de su profesión con gran entusiasmo, prestando sus servicios especialmente en los medios rurales. Tenía el señor Poza enorme predicamento, tanto por su consecuencia republicana como por la ayuda que consagraba a los humildes trabajadores. Ya en la época de la Dictadura sufrió persecuciones y fué uno de los primeros diputados más tarde con el Frente Popular.

Por la pérdida que han experimentado los republicanos y el rigor y la saña con que ha sido tratado un hombre anciano y de probado patriotismo, quiere Unión Republicana significar su gran dolor, del que seguramente participarán todos los gallegos al conocer la triste noticia de su muerte.

En relación con esta sentida noticia, el señor Martínez Barrio, al recibir a los periodistas al terminar la reunión plenaria del Comité de Ayuda a España, expresó el profundo dolor que le había producido la muerte del señor Poza, manifestando que su familia había sido una de las más perseguidas en Galicia por el fascismo, hasta el extremo de que durante el movimiento habían sido fusilados un hijo suyo y su hijo político don José Adrio Mañá, que fué gobernador de la República.

## Los diputados catalanes en el frente de Levante visitan al general Miaja

Valencia, 14.—La comisión de diputados catalanes que ha visitado los frentes del Centro, saludó en su residencia al general Miaja, entregándole el siguiente manifiesto, firmado por el presidente y todos los diputados del Parlamento de Cataluña:

«Por conducto de la comisión de diputados que tiene la misión de visitar los frentes de guerra de la zona de su mando, tengo el honor de saludar cordialmente en la persona de vuestro excelso Ejército republicano, que con heroísmo insuperable lucha incansablemente por la independencia de España.

El Parlamento de Cataluña, en su última sesión, acordó designar una comisión con el encargo de visitar todos los frentes en donde los bravos soldados ofrecen su vida por la Patria. Es así como los parlamentarios, que ostentan la representación del pueblo catalán, han querido llevar el aliento a los que luchan por la victoria de la República.

Es Cataluña, este magnífico pueblo que lleva en sus entrañas el culto secular a la libertad, con su historia llena de tragedias y de grandezas, que vive las angustias de hoy, que trabaja incansablemente por la victoria y la paz de mañana; esta Cataluña que recibe la caricia suave de las aguas del Mediterráneo, el «Mare Nostrum» evocador de pasadas glorias, que escarba el cielo con sus picos pirenaicos y con sus montañas del Montseny y Montserrat, refugio de nuestros grandes poetas; es, en fin, esta Cataluña de las llanuras fértiles o abruptas, la de las grandes industrias, la de nuestros comerciantes, toda esta Cataluña es la que hoy se inclina respetuosa en homenaje a un Ejército que sabe defender con coraje la libertad y la independencia de los pueblos hispánicos.

Nuestro pueblo no descansa ni regatea sacrificios por la victoria. Y allí, en todos los frentes de guerra, en el Centro, en Extremadura, en Levante, en Andalucía, están sus hijos, grabadas en su corazón las llamas rojas de nuestra bandera, ofreciendo siempre el testimonio más elocuente de la presencia de Cataluña en esta lucha, que encendieron unos militares perjurios a su honor y traidores a su Patria, y que unos mercenarios extranjeros utilizan como instrumento de su política de invasión. Cataluña, Excmo. señor, con todo su caudal de inquietudes y dolores, renueva al Ejército de la República la seguridad de que seguirá sin desfallecimiento, uno y otro día, aportando su esfuerzo y su voluntad para el triunfo definitivo sobre los mercenarios y sobre los traidores, hasta conseguir la victoriosa paz de nuestro pueblo.

¡Viva la República!

¡Visca Catalunya!»

Los diputados catalanes entregaron al general Miaja cinco mil pesetas para premiar al soldado del grupo de Ejércitos cuyo comportamiento se destaque más en la campaña.

## CONVOCATORIA

La Asociación Nacional de Agentes de Seguros celebrará Junta General Extraordinaria hoy, jueves, a las once de la mañana, en la Rambla de Estudios, 1, para tratar de su disolución.